

# EL ESCRITOR ANTE EL PAISAJE

POR  
DIEGO RUIZ MARÍN

*Y me planté en la luz porque no fuera  
inútil tal reclamo a mis ojos.  
Y se vieron mis ojos sorprendidos  
ante tanta hermosura verdadera.*

“Alguien me dijo...” levántate de entre los ecos y camina por los senderos luminosos de tu tierra. Era tu telúrica voz, amigo poeta, y a su conjuro me levanté y anduve por tierras sedientas; los calcinados paisajes, líricamente amojonados con los hitos de tu verbo alcanzan irrepetibles altura y hondura humanas porque en ellos habitan, desde siempre y ya para siempre, “parcelarios, sobranceros, / muleros de pan y fiambre, / agobiados terrajeros, / esclavos de apero y hambre... / hombres de la serranía / que viven de todo y nada, / muriendo en lenta agonía / en una lucha frustrada”... “heroicos soldados / de la pobre y bregada agricultura... / afán insatisfecho se llevan su morada / definitiva. Entre sus manos, nada. Y galona su pecho / una herida de hombría dilatada”.

Mi carne hecha, como la tuya, de húmedo barro huertano, se deshizo en “polvo enamorado” al andar estos caminos de la “sed y el éxodo”. Para inundarse de paz hice parada en el fortunero “Callejón del Trabuco. En una casa que podía comerse en sus rincones”, donde “María Isabel Jarera / me obsequiaba con chumbos y doradas uvas. / Qué dulce era en el hablar. (Palabras impregnadas / de vecindad y



miera)... / Ardía de blancura / su humilde casa. Iba y venía / su delgada presencia, su figura, / de su campo a su casa día a día”.

Y sigo tus pasos. “El polvo abrasador de los caminos / se alzaba en tolvaneras / y una luz, lenta y cruda, / encendía la cal de las viviendas”. Juntos anduvimos “pardas tierras de vides, tierras secas, / de horizontes desnudos y agrias sierras, / esquilmadas tierras de sol y brega, / engendradoras de hijos y de penas... / ¡Gredosos campos de Fortuna a Yecla!... / y un paisaje crujiente, cenizoso, / mordido por el sol. Un seco aljibe. / un mulo esquelético y costroso / circundando una noria en un declive”. “Como una sandía horrenda / se ha enrojecido la siesta”, caminamos “entre olivos / mustios y riscos y espinos”; “la tierra es plumiza, / los arbustos grises / y al agua le sobran / aljibes”.

Como tú y contigo lloré el “dolorido sentir” por la atormentada tierra, porque “una era de sed ya es suficiente / para probar la vida más austera: / pienso en esta región que es paramenta / desde antes de Adán hasta el presente”.

Con los ojos heridos de luz y bronca de dolor la entraña, de tu mano y con tu verso vuelvo “al huerto y a la higuera” para reandar la perdida Arcadía de nuestra infancia, donde tierra, agua y hombre se funden en frutal abrazo. Aquí cuando el hombre dice “acequia o tanda, el agua / perenniza bancales / y se pone la hierba reluciente / y airosa la palmera en su estatura. / Y es la fruta un olor estimulante / que nos pone la boca tan melosa / como una miel de siglos... / Si crece el limonero / y se pone el naranjo / espectador de fruto, / sólo tanta hermosura / al cuidado se debe / de estas manos mañosas en extremo. / De verde hasta los hojos, de sol hasta la sangre, / inacabablemente alegre, canta... / La luz, recién amanecida, invade / las penumbras del huerto, / y el ruiñeñor ya tiene / desde siempre su abril de gorgoritos...”. “Barroco y bien vestido está el paisaje / rumoreante de abejas y de avispas / a las puertas de junio el deseado. / Y llega la canícula y nos dora / levemente el paisaje: pronto, octubre, / acortará los días, y mis ojos / han de buscar las ácidas manzanas, / los ásperos membrillos y los dátiles, / estas tardes de otoño, cuando llega / de nuestro mar un aire húmedo y denso / con promesas de lluvias deseadas.

Paisaje físico, paisaje humano; tierra y hombre afloran en tu verso temprano y en tu verso permanecen por siempre y para siempre. La misma palabra, “paisaje”, impregna la sed, la tierra y el agua.

Afirmas, hermano poeta, que “sólo el paisaje sobrevive al hombre”, olvidado tal vez que tu voz es paisaje hecho hominidad y humanidad humanizando al paisaje. Por ello empezaste, sigues y seguirás soportando el gozo de sobrevivirte a ti mismo, de ser engullido por el paisaje que cantas y, por arcano telúrico milagro, transmutando en cincelado verso por el que tú, hombre, sobrevivirás al paisaje.



Previsoriamente escribes: “Alguien dirá: si él tuvo / el paraíso casi por paisaje, / una infancia de acequias / y un río caudaloso y fecundante, / ¿cómo canta la sed? / Los que así digan, ciertamente, no saben” de tu andadura humana, desde el agua a la sed y desde la sed al agua. De tu voz y tu protesta “a favor de este yermo que agoniza. / ...¡Cuanto cuesta / recoger lo sembrado en la ceniza!”.

Haber nacido en similar entorno familiar e idéntico paisaje físico, son impagable ayuda en este breve intento de comprender al poeta cuya obra nos convoca aquí y ahora.

Familia y paisaje ayunos de saberes literarios. Paisaje y familia demandando el esfuerzo y el tiempo de todos para el renovado milagro de convertir un pegujal de tierra en fuente de vida para propios y extraños. Paisajes sin libros ni saberes literarios al fondo. Sólo la palabra viva, transmitiendo viejas sabidurías, oídos para escuchar y ojos para mirar, que la vida huertana no permite distracciones ni dilaciones, porque los ciclos agrícolas y el tempero mandan.

Francisco Sánchez Bautista aprendió a mirar el paisaje con sus propios ojos y supo y sabe cantarlo con su propia voz, sin distorsión alguna de ecos tan estridentes como vacíos. Paco supo trascender desde los estrechos límites del brazal y del quijero, de la barraca o el campanario, hasta todo ámbito geográfico y literario donde lo poético tiene digno asiento. La grandeza de Paco está en ser, por encima de fáciles y cómodos localismos y demás ismos de cualquier clase, poeta en el sentido más alto de la palabra.

Mejor que la fría voz del jurista, servirá la del poeta para contar la andadura vital de Paco Sánchez Bautista; por ello tomo en préstamo la voz de Antonio Machado en su “Retrato”, que lo es también todo hombre bueno y poeta.

“MI INFANCIA SON RECUERDOS DE UN PATIO DE SEVILLA Y UN HUERTO CLARO DONDE MADURA EL LIMONERO”.

De la Huerta de Llano de Brujas es la infancia de Paco y junto al limonero, en el mismo huerto, maduran naranjo y limonero alledaños al milenario olivo y a la sarmentosa parra que abraza al alto y “malferido” chopo. Por la contigua acequia murmura el agua clara su canción de vida hasta que muere en la entraña de la madre tierra, no sin antes refrescar hasta los hondones más profundos, el alma de Paco. Y el niño mira el agua, y mira el limonero, y mira la tierra, la carnal y vieja tierra que acaricia cada día en su lento aprendizaje de la sencilla y eterna sabiduría llamada agricultura; pausada e incansablemente Paco aprende el nombre y virtudes de las plantas, el nombre y costumbres de los pájaros y demás anomalía doméstica; aprende, leyendo el cielo y los vientos, el ciclo de las estaciones del año, lo que cada una de ellas trae a la Huerta, para bien o para mal; conoce a las nubes, apenas asoman tras alguna de las vecinas sierras, por su color o su forma; adivina en qué terminará su aparición y qué milagros harán o dejarán de hacer.



Bajo el magisterio de sus mayores y empujado por innata e insaciable curiosidad, se licencia en cultivos varios y en el trato de la madre que “lo parió desnudo” ; su natural índole lo lleva hasta el doctorado en abejas y mieles, en verde encañamiento de trigales, en madureces y sazones frutales, en florecer de azahares y cerner de olivos; en saberes de celos y garzonías de haberío, avifauna y demás animalía doméstica; en castrar o brescar panales; en miles de pequeñas cosas, de mínimas sabidurías transmitidas celosamente de generación en generación y ahora olvidadas por obra y gracia de la técnica que nos esclaviza a esos fríos “cerebros electrónicos” que descerebran al hombre y a “ordenadores” que ordenan y mecanizan vidas y haciendas. El poeta en ciernes, como decía Miguel Hernández del niño yuntero, se hunde “en la tierra lentamente, para que la tierra inunde de paz y panes su frente”. Y la frente y el corazón de Paco Sánchez Bautista se inundaron, irreversiblemente, de paz y de panes con que alimentar su palabra, arma infalible para luchar contra la guerra y las hambres con que otros hombres iban a inundar a la Humanidad entera.

La Huerta del poeta, nunca fue para él “tierra de moros” sino madre amadísima y jardín fecundo; perpetua comunión de hombres, tierras y aguas; camino por el tiempo y el espacio, bajo la sombra de creencias y saberes, para unimos con otros hombres, otras tierras y otros tiempos. Por la agricultura Paco llegó a la milenaria cultura común a quienes habitan las orillas de la vieja mar de Ulises y de Eneas.

Por una “acequia escondida” el agua de los clásicos llega a mente de Sánchez Bautista, no en torbellino, sino como lluvia mansa, que recalca hasta lo más hondo del bancal llamado mente. El poeta, a la par de la faena de cada día, cumple la devoción de cada noche y de cada momento robado al descanso: leer a Anacreonte, leer a Hesiodo, leer a Virgilio, leer a Horacio; a andar en suma por el tiempo y el espacio poéticos como pan nuestro de cada día. El poeta logra ensimismarse en la larga, rica y variada nómina de cuantos poetas y filósofos fueron en el mundo grecolatino. Y por generoso don del cielo asimila y digiere mentalmente estas lecturas, tantas veces referidas a la agricultura y ganadería que él vive intensamente. ¡Qué alto acompañamiento!... Pisar tierra, la madre Tierra de este Anteo que es Paco y, al mismo tiempo, volar.

Confieso con tanta pena como envidia y admiración, que mis buenos deseos y formación universitaria no supieron darme o supe yo asimilar, la amplia, variada y profunda cultura literaria sobre los clásicos de todo tiempo, lugar y lengua, que Sánchez Bautista logró su infancia/adolescencia/juventud y, después aumento y consolidó en la madurez. No es frecuente, al menos en ámbitos por mí conocidos, esta simbiosis cultural pura “naturaleza/clasicismo universal” sin catalizador alguno de instituciones oficiales de la cultura. El libro, el afán de saber y la privilegiada memoria dotaron a Sánchez Bautista de un patrimonio cultural de que se nutre su poesía.



Su juventud, siguiendo el retrato de Machado, fueron años de andadura por las calles de Barcelona y las de Fortuna y su campo. Y siempre con los ojos de par en par inundándolos de paisajes físicos y humanos. Son fecundos tiempos de *Tierras de sol y angustia*, de *Voz y latido*, de *Elegía del Sureste*.

La madurez en Murcia, donde el paisaje social y humano dejan paso al soterrado clasicismo, ocasionalmente aflorado en años anteriores. Desde los “Encuentros con Ateneo” al “Alto acompañamiento”, con edición de su “Obra poética” y “Antología poética”.

Paco, con su “torpe aliño indumentario” recibió “la flecha que le asignó Cupido” y herido sigue de ella, de Teresa, a quien tan alta y bellamente cantó, como cantó después a las dos hijas y también cantara, en ocasiones varias, a padres y al hermano Antonio, en versos emblemáticos. Como en las de Machado, en las venas de Paco “hay unas gotas de sangre jacobina”; y también su verso “brota de manantial sereno” y, especialmente nuestro Paco, más que un hombre al uso que -moral o poéticamente- se sabe su doctrina, “es en el buen sentido de la palabra, bueno”.

El resto del retrato machadiano a la medida de Paco está cortado en la esencia y en la peripecia. De forma singular en su mirada al paisaje y su trasplante a líricos terrenos; también en la franciscana humildad y la brevedad, que hermanos pájaros, hermanas hierbas y hermano Sol saben del amor de Paco.

El Agua y su Audiencia son esenciales para explicarnos a nuestro escritor ante el paisaje. Del tema del agua en la poesía del poeta ha escrito con hondura y calidad el catedrático Sr. Muñoz Garrigós en reciente ensayo lingüístico. Ya en 1957, en *Tierras de sol y de angustia* nos da, en su dedicatoria del libro a Fortuna, una tan poética como gráfica descripción paisajística al decirnos “el pueblecito triste y sediento a quien yo quisiera un caudaloso río más grande y más azul que el cielo”.

Paisaje elevado a la categoría de elegía por la agricultura universal en el conocido soneto “Una era de sed ya es suficiente”, o la ¡horridez del mes de agosto! y la “invocación del agua, para seguir con el paisaje social de “parcelarios, sobranceros... y la lírica “Jarera” de Fortuna.

El escritor, con las raíces en la tierra de toda la Tierra y la mirada en todos los paisajes, va llamando a las cosas por su nombre y las como, en el Génesis, acuden a la llamada del poeta y se encarnan en su palabra vivificante y hermosa.

Otra vez y como siempre, podemos repetir con el Eclesiastés lo de “muere un hombre y nace un hombre; y pasan las generaciones, pero la tierra permanece”. Y con la tierra el paisaje hecho voz de poeta.

En poética prosa nos contabas el asombro de Antoñico, el niño de la resea Fortuna, extasiado ante los chorros de agua lanzados por la fuente de la plaza



Redonda y contándolo después, abriendo los brazos de par en par, para decir que “había así de agua...”. Me imagino a Paquito, viviendo el gozo de contemplar como “en el tambor de la calle / la lluvia repiquetea / y cien culebrinas de agua / van arañando la tierra”.

El Agua, la dulce hermana Agua, la canción del Agua, testigo de nuestro nacer y vivir; el Agua de vivificante presencia y dolorida ausencia.

Que los dioses benéficos guarden la vida y la obra de Paco; que el paisaje cantado en sus versos permanezcan como la tierra aunque pasen generaciones y generaciones.

Termino con el saludo que dije para ti con ocasión de haber leído tu obra en el Ateneo de Madrid:

### NO ESPANTÉIS AL RUISEÑOR

*Francisco Sánchez Bautista,  
la imparable voz que clama  
un ancho coro de lluvias  
sobre la sed milenaria  
de los tristes secarrales.  
En su dolorida entraña  
hecha de pulpa de amores  
y ungida de sueños de agua,  
tiene el nido el ruiñeñor  
que le dicta las palabras.  
Es su voz una ancha herida  
en los haldares del alma  
y un sonoro borbollón  
y una suave lluvia mansa  
recalando el corazón.  
Es la brisa entre las cañas.  
Eterna noria soñando  
los viejos sueños del agua  
con los cangilones llenos  
de polvorienta esperanza.  
Voz del hombre de esta tierra,  
la vieja tierra cansada*



*de sequías e inundaciones;  
la de barrancos y ramblas  
arañando el esqueleto  
de las tierras abrasadas.  
¡No espantéis al ruiseñor,  
que si el ruiseñor se calla  
el sol matará a la lluvia  
en las esquinas del alba!*

